



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 16 DE JUNIO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## El albergue de la verdad

DECIR Y CONTAR  
OLGA DE LEÓN G.

Los cuentos no dicen sino cuentan. Decir es referir algo más o menos apegado a la realidad, cierto o falso; pueden decirse verdades completas, a medias o falsedades. Los cuentos refieren sobre verdades, fantasías o ficciones, que no son objetivas, sino subjetivas y sacadas de la gaveta del imaginario; por ello merece mayor reconocimiento la escritura creativa que la prosa común por muy bien producida que esté. Escribir literaria o artísticamente requiere de un dominio no solo del arte de escribir, y escribir bien sino bellamente, aunque esa belleza pueda estar vestida de terror, locura, exageración inaudita y otros estilos que puedan no parecernos gratos.

El dominio que posee el escritor es intransferible e inimitable, por más que se le parodie o parafrasee. Pues proviene de su propio espíritu, de sus vivencias, sus emociones y sentimientos. Hoy, puede estar eufórico y escribir así, o absolutamente serio y equilibrado: eso es producto del dominio que tiene sobre la pluma o el teclado, aunque cualesquiera de ellos parecieran actuar por su cuenta. No, nunca es así. Me atrevo a pensar, que ni siquiera cuando escribieran bajo el influjo del alcohol u otra droga, pues entonces: no serían escritores excelsos, si no dominaran incluso sus pasiones, aunque simulen que se dejan llevar por ellas (quizá algunos piensen eso de Hemingway o Poe, entre otros); las apariencias engañan y un superficial juicio, también.

El otro día, sí, el otro día, ese que nunca se define ni se publica en algún tiempo preciso (por así convenir a mi imaginario), leí en alguna parte: no se bien en dónde o en cuál parte (idem), que el autor de una obra escrita es el único dueño de su contenido y, por lo tanto, de su verdad o mentira. Con lo cual estoy totalmente de acuerdo.

Luego, otro día encontré por ahí, sin estarlo buscando, que el tema solo es importante en función de quien lee el cuento y no de quien lo escribe. En verdad pienso que el tema puede ser lo de menos, pero también pienso que no se le puede minimizar. De algún modo, el tema en el que nuestros cuentos o historias se adentran son lo que son, por algo, no por mera casualidad ("Yo soy yo y mi circunstancia").

Entre los dieciséis y los veintitantos: ¡cuánto amé al existencialismo!, particularmente al francés. Más tarde me desencantaría un tanto de él; pero, en lo esencial, seguí siendo existencialista. Eso digo o eso creo...

Mi cuento de hoy pretende ser un microcuento, que cuente en menos de doscientas palabras una historia verdadera sobre mentiras de los cuentistas, incluyéndome, por supuesto. Va, pues:

Parecía que venía firme y decidido directo hacia mí, a una cuadra de distancia eso parecía. Comencé a sudar copiosamente, aunque la temperatura no lo ameritaba, 22 grados centígrados. Comencé a preguntarme en silencio:



¿sabrás ya lo que opiné de su obra?, o lo que dije hace unos días (en boca cerrada no entran moscas; ni salen sandeces: pensaba).

Pasó junto a mí, sin voltear a verme, era como si nunca me hubiera visto o yo no estuviera allí.

Iba de prisa, luego me enteraría, debido a que acababa de saber que yo recibiría el premio al primer lugar de cuento sin temática trascendental; y quería felicitarle, antes que otro lo hiciera. Deseaba que yo supiera que me admiraba, que le gustaba mi prosa, hasta cuando decía solo mentiras y contaba bien poco.

"No importa", me diría poco después, un amigo mutuo. Lo importante, dicen que dijo, es: "salir en la foto": un día, esa fotografía, me definirá como su amigo y no su contrincante.

Feliz bellaco, eso era quien venía casi corriendo hacia mí, y se pasó de mi lado, sin verme: a veces, soy afortunadamente invisible.

CUIDAS A TU HERMANA  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Cuando yo tenía seis años, mi madre me dijo: "Cuidas a tu hermana", y nos dejó solos en la casa, mientras ella daba una vuelta urgente a las diez de la noche, a casa de su propia madre. Siete años más tarde, yo llevaba y traía a mi her-

mana a su clase de natación, en una alberca privada a dos kilómetros de distancia. Cuando mi hermana se graduó de la carrera de medicina, me invitó a su graduación y me regaló un reconocimiento grabado en madera. El día de la boda de mi hermana, viajé de España a México para estar con ella en la ceremonia. A los tres años, se divorció y yo estuve ahí, junto a ella, para sacar sus lágrimas. Cuando anunció su segundo matrimonio, yo fui el primero en enterarse de que su marido era viudo y había pasado varios años en la cárcel, por homicidio cometido contra su primera esposa.

Y ahí estábamos ahora, reunidos en el comedor de la sala paterna: ella, su marido y yo, listos para recibir el año nuevo. Mi madre se levantó para traer una salsa. Mi padre tomaba una copa de vino sentado en la cabecera de la mesa. Mi hermana acomodaba los platos. Su marido bebía el enésimo jaibol de la noche. Yo observaba la escena, sobrio, pues nunca he bebido. De pronto, el marido de mi hermana soltó un manotazo fuerte sobre la mesa, reclamando más hielos. "En el refrigerador los encontrarás", le dije suavemente. Mi hermana dejó de acomodar platos, tomó el vaso de vidrio de él y se dirigió a la cocina. Los efectos comenzaban a notarse.

Me levanté para avisarle a mi madre

que ya estábamos listos. Mi hermana regresó con el vaso lleno de hielos. El hombre se sirvió dos onzas de whiskey y agua mineral, la cual estaba a punto de acabarse. Cenamos. "El pavo y la salsa estuvieron deliciosos", le dijo mi padre a mi madre. Faltaban quince minutos para la media noche. Mi hermana se levantó a traer un radio. Conectó el enchufe a la luz y buscó una estación en la que pudiéramos escuchar a los conductores transmitiendo en vivo. Mi madre se levantó por copas de champán y yo fui por la botella al congelador. Habíamos olvidado enfriarlo y lo metimos ahí, para acelerar el proceso.

Cuando regresé a la mesa, mi hermana repartía los pequeños vasos de vidrio con doce uvas y se escuchó otro manotazo sobre la mesa. "Ya no hay agua mineral". Mi hermana colocó el último vaso y se dirigió a la cocina. Trajo otra botella de mineral, con dos litros. Le sirvió a su marido.

Dieron las doce de la noche. Las campanadas se escuchaban en la radio. "Que tengas muy buen año, hijo". "Igual, mamá". "Que sea un año lleno de realizaciones". "Igual, papá". "Los mejores deseos", "lo mismo para ti, hermanita". "Cuñado, lo mejor". "Igualmente, cuñado".

Comenzó la cumbia de siempre, con Tony Camargo: "Yo no olvido al año viejo / porque me ha dejado cosas muy buenas. / Me dejo una chiva / una burra negra / una yegua blanca / y una buena suegra." Luego vinieron otras: obras maestras de la imaginación y valentía popular: "Las Cuatro de la Mañana" con El Viejo Paolino y su Gente; "Nadie es de Nadie", con El Chapo de Sinaloa; y "Rata de dos Patas", con Paquita la del Barrio, entre otras.

Otra vez: el manotazo sobre la mesa. "¡Se está acabando el whiskey!" "Mi amor, ya vámonos", le dijo mi hermana a su marido, con suavidad. "¡Cuando yo diga, nos vamos!", y dio el trago con el que se acabó el jaibol que le quedaba en el vaso. Se sirvió el último, exprimiéndole hasta la última gota a la botella.

Quince minutos más tarde: el último manotazo de la noche: "¡Vámonos!", le dijo a mi hermana. Ella se dirigió a la cocina, tomó los platos que le había preparado mi madre para llevar, subieron al auto y se fueron.

El resto, lo conozco de oídas. Llegaron a su propia casa, mi hermana y su pareja. Él se dirigió a su cantina en la sala y buscó entre varias, una botella de whiskey: Le gritó a mi hermana: "¡Sirveme un último jaibol!". Mi hermana sacó los hielos y el agua mineral del refrigerador.

Para cuando regresó a la sala, lo encontró sentado en el sillón, esperándolo. "Ya con esta nos despedimos, amor", le dijo mi hermana.

Bebió de prisa. Primero se incorporó, luego se desplomó, golpeándose la cabeza sobre el vidrio de la mesa. Casi un año antes, yo le había facilitado a mi hermana la compra del seguro de vida de su marido, el cual ahora cobraría.



Elsa Triolet

Si bien su verdadero nombre era Ella Kagan, la escritora francesa de origen ruso que nació en Moscú el 12 de septiembre de 1896, se hizo conocida en el ámbito literario como Elsa Triolet.

Desde muy joven, la autora comenzó a practicar el idioma francés y, en 1919, se casó en París con el militar André Triolet. Un año después, se instaló en Tahití, donde encontró inspiración para su primera novela. En 1921, Elsa abandonó a su marido, viajó a Londres y luego se trasladó a Berlín.

Sus novelas, escritas en ruso, comenzaron a aparecer a partir de 1925, época en que salió publicada "En Tahití". Luego llegarían "Fresa silvestre" y "Camuflaje", obra que vio la luz en 1928, el mismo año en el que la novelista conoció al poeta francés Louis Aragon.

La década del '30 encuentra a Elsa Triolet como colaboradora de periódicos rusos (especializándose en reportajes), como traductora de grandes novelistas rusos y como autora de "Buenas noches, Teresa", su primera obra en francés.

Junto a Louis Aragon, con quien contrajo matrimonio el 28 de febrero de 1939, entra en la llamada Resistencia Francesa. Por ese entonces, presta su colaboración para elaborar y difundir los periódicos "La Drôme en armes" y "Les Etoiles". Además, su obra literaria continúa expandiéndose con nuevos títulos como "El caballo blanco" y "El primer desliz cuesta doscientos francos", libro que ganó el Premio Goncourt en 1944.

Ya comenzada la década del '50, Elsa Triolet, como miembro dirigente del Comité Nacional de Escritores, se compromete con la promoción de la lectura y con la venta de libros. "El inspector de las ruinas", "El caballo pelirrojo", "La cita de los extranjeros", "Rosas a crédito", "El gran jamás", "Vean y escuchan", "La puesta en palabras" y "El ruiseñor calla al alba" fueron otros de los textos creados por esta escritora que falleció el 16 de junio de 1970, a causa de una dolencia cardíaca.

Mónica Lavín

## Cuando nacen los libros

Una se pregunta cómo se escriben los libros. Cuando llegan a la casa embalados y llevan tu nombre, refrendando de alguna manera tu identidad, te sorprendes. Te resultan extraños. Afortunadamente. Has vivido con ellos como si fueran mórulas erráticas. Mes tras mes los has sometido a pruebas de malformación, has estado atenta a la talla adecuada, las proporciones. Poco a poco les has visto pies y cabeza; te ha sorprendido el momento en que dan una señal de vida independiente, una pequeña patada en el vientre. Se escribe con el vientre. Es uno de los órganos implicados. Te han quitado el sueño, también te lo han dado en lugares inapropiados. Y luego cuándo ya te cuesta caminar por el peso de llevarlos tanto tiempo contigo, en la incertidumbre de cómo resultarán, si alguien les sonreirá, te empiezas a fastidiar. A dudar si ha sido buena idea tu paciencia. Te preguntas si tendrán una personalidad tal que poco a poco les hagas poca falta, quizás sólo para pasarles el trapo del polvo, para anotar los datos precisos cuando tienes que consignarlos en tu semblanza, inscribirlos, solicitar apoyos, estancias. Te darás cuenta al paso del tiempo que se han vuelto un racimo de criaturas apiñadas en una misma repisa. No les preguntaste si es ese el lugar donde quieren pasar el resto de su vida, y el resto de la tuya, ojalá el resto de las de

otros. No dudas que quieren viajar, tienen curiosidad de escucharse en finlandés, cuál es su aspecto en otros alfabetos, qué pasa si los miran de derecha a izquierda. Son ambiciosos, no les basta el mundo de la repisa, y aventureros: quieren probar fortuna con otros que los quieran, que los valoren, que alaben alguna virtud, que les digan qué bien bailas, hálbame al oído, no me hieras con tus palabras, tienes cuerpo, me dejas acariciar tu lomo. Quieren ser mirados. Todos queremos.

Respiras agobiada por el peso de tanto tiempo dedicado a que crezcan, y que crezcan bien. No basta con que estén sanos, quieres que sean originales. Que se distinguen entre los otros. Que los recuerden por su nombre, y su presencia, y por decir las cosas adecuadas en el momento indicado. O que incomoden a otros, que no sean políticamente correctos. Deseas que no sean uno más del montón. Así que un día salen de tu cuerpo, te liberan de alimentarlos de ti misma, todavía les tienes que dar un empujón hablando de ellos para que otros se les acerquen, los arropen, les den la oportunidad de ser escuchados. Pero lo que nutra tu mirada ya no constituirá su carne de palabras. Y volarán solos o incapaces sentirán su invisibilidad. Tu poca dedicación y el desprecio de los otros. Se cerrará la herida, el vacío que dejan pues no habitan tus noches y tus dudas y tus



caminatas y tus hallazgos y tus sueños.

En ocasiones es fácil dejarlos salir, orgullosa de que hayan llegado a término, aunque quedes extenuada. Faltará ver si no habrá algún defecto que pasaste por alto y que salga a la luz después. Sea como sea los reconocerás y les darás tu nombre y apellido, y quedarán así registrados para los trámites del mundo, para la memoria y la digestión de las bibliotecas. Habitarán el mundo de los libros.

Cuando tú ya no estés, alguien tal vez los abra, se acuerde de ellos, incluso evoque tu nombre, o confiese que sabe cómo fueron aquellos días y meses en que nadie conocía su aspecto, ni su andar, su cadencia, ni su voz.

Hoy tienes que festejar tu voluntad de que se abran paso en el mundo. No queda más.

Sabes que a pesar de las volteretas de la incertidumbre, lo volverás a hacer.

*ad pèdem literae*

*La verdadera ignorancia no es la ausencia de conocimiento, sino la negativa a adquirirlo*

Karl Popper

Letras de  
buen humor

*Educación es lo que queda después de olvidar lo que se ha aprendido en la escuela*

Albert Einstein